



«Trabajo». Fotografía de Antonio Quintana. Salón Oficial de Artes Plásticas. (Ensayo de superposición e inversión).

Es, por el contrario, el Museo de Bellas Artes quien podría ceder algunas obras en beneficio de los museos provinciales. Yo no diré los maravillosos Piatti y los dos Somerscales que tomaron en el Museo el puesto de tres o cuatro obras de verdadero mérito, pero de alguno de los numerosos Henry Martin y de otros autores que en el Museo se encuentran repetidos.

En el catálogo de la exposición que nos ocupa figura un Monvoisin junto a otros nombres de pintores extranjeros, una Virgen Dolorosa de escuela romana y cuyo valor, dice la información, se revela inestimable. Entre los pintores chilenos, Pedro León Car-

mona, Cosme San Martín, Manuel Antonio Caro, Ernesto Molina, Pedro Lira, Juan Francisco González, Valenzuela Puelma, Onofre Jarpa, Ramón Subercaseaux, Pedro Subercaseaux, Guillermo Martínez, Guillermo Vergara, Rafael Valdés, Alfredo Lobos, Carlos Alegría, Alvaro Casanova, Arturo Gordon y otros.

Tenemos, pues, una ciudad que por su propia iniciativa—no puede haber otra eficaz—se levanta, organiza una exposición, crea un museo y se dispone a contribuir con su aporte a la vida espiritual de la República. Chillán tiene

tradiciones para ello, es suficientemente importante y podría, mejor que ninguna otra ciudad chilena ser asiento, no sólo de un museo provincial, sino que de un gran museo de artes populares chilenas. «Revista de Arte» publicó en un número del año pasado la interesante conferencia sobre cerámicas de Chillán que el profesor Guiseppe Mazzini leyó en una universidad italiana.

No se puede, en suma, más que felicitar a los autores de una iniciativa que es honrosa para la ciudad de Chillán y un estímulo para todos.—J. L.

CRONICA EXTRANJERA DE ARTES PLASTICAS

ITALIA

Exposición del Tintoretto. En el curso del presente año, una gran exposición de la obra del Tintoretto celebrada en Pesaro, puso de actualidad la personalidad gigante de Jacobo Robusti. Buen número de sus grandes cuadros fueron descolgados de los muros de las iglesias que decoraban, limpiados y puestos en las mejores condiciones de alumbrado para que pudieran ser estudiados con facilidad.

Los comentaristas dejan de manifiesto la potencia dramática del Tintoretto, escénica, dice un crítico italiano, que llega a establecer un paralelo interesante entre los dramas de Shakespeare y los cuadros del gran veneciano, la extraordinaria capacidad creadora comparable únicamente a la de Rubens, Miguel Angel o Rafael y por último, a causa del exuberante lirismo, los críticos es-

tablecen una semejanza entre Tintoretto y los románticos del siglo XIX.

FRANCIA

KLEOFAS BOGAILEI

Con el título de *Pintores Nuevos*, la revista «Le Mois» publica, mes a mes, una monografía de algún artista contemporáneo. No son todas del mismo interés y la novedad suele no ser más que una reciente aparición en la escena de la vida artística. Las novedades, por otra parte, presentan todas un carácter de reacción y una tendencia arcaizante. Discutir si esos artistas están en lo cierto y en lo vital, o si esas obras son repeticiones decadentes de lo antiguo es una cuestión que toca, tanto a la filosofía como a la crítica de arte.

En todo caso, han sido recibidas con simpatía por las autoridades de la crítica. En una ex-

posición celebrada en el curso del año actual, un grupo de pintores jóvenes menores de cuarenta, levantaron el estandarte de una llamada vuelta a la disciplina y a la severidad de la regla. Comenzaron por crear ambas cosas en el rígido reglamento de su agrupación que exige, para concurrir a sus exhibiciones, una invitación previa y someterse en seguida a un jurado. No son estos los independientes que empezaron con los nombres ilustres de Renoir, Cézanne, Pissarro, Gauguin, Van Gogh, etc. y que agonizan hoy día bajo la avalancha de los aficionados de día domingo o de los que se han aventurado a estas cosas, porque el mundo era rico o por lo menos, porque no nos habíamos dado a pensar que era paupérrimo. La primera exposición del grupo fué juzgada por un comentarista de «Le Mois» como algo que tenía un aspecto de museo, pero que significaba, no obstante, una audacia. Se puede reconocer qué valor era necesario para oponerse así a una corriente de teorizantes que no prometían llevar el arte por caminos de mayor brillo, pero cabe preguntarse si la vuelta a los museos significa realmente una inyección de vitalidad u otra cosa. ¿Se hace arte según el arte o se hace según la vida? De los dos modos, no hay duda, y más seguramente conforme al último. Es difícil saber algo de todo eso, si es bueno alegrarse de ello o deplorarlo, ya que la historia se hace siempre por los caminos menos previsibles.

Entre todas esas figuras la más interesante es la de Cleofás Bogalei, conocido simplemente por

su nombre de pila, Cleofás. Cleofás es un austriaco hijo de un empleado de aduana, que no hizo pintura como Henry Rousseau, pero que engendró a quien pudiera hacerla en lugar suyo. Pasó nuestro artista su infancia entre campesinos y cuando las necesidades de la vida le obligaron a tomar un oficio se decidió a ser relojero. Para su naturaleza inquieta, la profesión era horriblemente sedentaria y Cleofás la abandonó para viajar más o menos como un vagabundo. De regreso a su terruño, se dió a pintar sin dirección alguna. Le ocurrió entonces que un pintor vienes, al ver sus trabajos, se interesara por él y lo tomara en calidad de aprendiz, llevándolo consigo a Viena. Era la enseñanza a la antigua, sin profesor, pero bajo la dirección de un maestro que le sostenía a cambio de asear la casa, hacer provisiones, cuidar a los chicos de su amo. En casa de este hombre, que era inteligente y conocedor de su oficio, Cleofás permaneció durante un año que fué para él de la más grande utilidad. Cinco años más pasó en Viena, viviendo malamente del precio ruin de sus pinturas e iluminando tarjetas postales. Por esos tiempos, hizo una tentativa fracasada para entrar a la Escuela de Bellas Artes. «En todos los países del mundo, dice el articulista Mr. André Maigne, las Escuelas de Bellas Artes—no conoce la muestra—son retrógradas y entre tanto Cleofás, siendo todavía muy ignorante fué seducido por el expresionismo anárquico a la manera de Kokoschka o a la de Soutine y principió a producir una pintura ultramoderna».

Para todo miserable los caminos del mundo están abiertos y en consecuencia no encontró Cleofás dificultades que le impidieran hacer su viaje a París.

«Allí llegó, dice Mr. Maigne, sin saber una palabra de francés, sin dinero y sin otras relaciones que un compatriota que hacía el oficio de panadero en un barrio popular. París es una ciudad donde la vida es fácil—demasiado fácil, dice Cleofás—sin embargo, es feroz para los extranjeros mal armados». Nuestro héroe hizo entonces todos los trabajos que le imponía la dura necesidad de no morir de hambre, hasta que, por fin, entró en calidad de individuo para los mandados en casa de un ebanista. Fué allí donde y en forma pintoresca se decidió de la existencia de nuestro simpático y heroico bohemio. Cierta día un italiano se presentó a la tienda para ofrecer cuadritos que el mismo pintaba. «No necesito nada, dijo el



«Campestre». Oleo por Enrique Saavedra. (Salón Oficial de Artes Plásticas).



«Monvoisin». Retrato de Georges Wormald.
(Colección de Chillán)

patrón, hay aquí un muchacho que hace mejores». El italiano quiso ver los trabajos en cuestión y, como buen camarada, aconsejó a Cleofás que vendiera sus obras en la Feria de manchas.

Es la *Foire aux croûtes*, donde los pintores venden al aire libre y donde, en una ciudad única como París, hay artistas para todos los bolsillos y compradores para todos los artistas. Es al revés de lo que pasa entre nosotros, donde las mayores barbaridades se exhiben en los sitios de mayor notoriedad y donde el artista vive vergonzante, escondido tras un mesón burocrático o consumiéndose en labores docentes. Cleofás se procura primero clientela, después gloria, de la *Foire aux croutes* pasa a exhibir en el Salón de otoño donde llama poderosamente la atención. «Esta pintura, dice el señor Mantaigne, hace pensar

en los flamencos del siglo XVI. Eso es Brenghel han dicho todos y los no muy bien intencionados: Es un plagio de Brenghel». A estas observaciones, Cleofás responde diciendo que ha visto Brenghel en el museo de Viena, pero que en esa época no se interesó por esas obras de arte. Era aquello en sus días de ultra-modernismo. «He mentido cuando hacía moderno, confiesa Cleofás. No es más que el deseo de la franqueza, el amor al dibujo sólido, expresivo y variado, del color pleno y bien repartido lo que me ha hecho volver al oficio de los antiguos».

Es así como Cleofás, opone un mentís rotundo a las preocupaciones heredadas del impresionismo, a la construcción endeble o arbitraria de nuestros tiempos, a los cuadros claros, pero de aspecto calcáreo descendientes todos del trabajo al aire libre y de la pintura directa y rápidamente improvisada.—J. L.

EXPOSICION CHILENA EN ALEMANIA

Bajo el patrocinio de la Embajada chilena en Berlín y del Instituto Cultural Germano-chileno en Santiago de Chile, se llevará a efecto durante el mes de mayo de 1938 una exposición de cuadros y esculturas chilenos en Berlín.

A esta exposición, con la cual inicia su nuevo período de trabajo el Instituto Cultural Germano-chileno, podrán concurrir todos los artistas chilenos. Los trabajos presentados serán seleccionados por un Jurado compuesto por el Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, por los miembros del Consejo del Ins-

tituto Cultural Germano-chileno, señores Miguel Cruchaga Tocornal y Walter G. Roessner y dos personas designadas por los artistas exponentes.

Cada artista podrá concurrir hasta con cuatro trabajos, que deberán entregarse entre el 4 y 10 de marzo de 1938 en la Sala Chile del Museo de Bellas Artes.

Mayores datos proporciona la Secretaría del Instituto, casilla 3214.

CRONICA MUSICAL CHILENA

Conciertos en el Conservatorio Nacional de Música.—Como una interesante novedad en el marco de las presentaciones escolares que ofrece al término del año el Conservatorio, merece ser destacada la serie de verdaderos conciertos que en este año se realizaron: unos, desde un punto de vista de difusión cultural y de conocimiento de obras; otros, de demostración de un trabajo bien dirigido y, finalmente, no pocas presentaciones que tenían el interés indiscutible de dar a conocer auténticos ejecutantes que, dentro de lo que puede esperarse, prometen un futuro brillante.

Los conciertos a que hacemos referencia constituyeron una serie muy nutrida de audiciones que, por más de un mes, congregaron casi día a día a lo mejor de nuestros aficionados. Ellos dieron a la vieja casona de la calle San Diego la animación que sus veladas no atraen tan a menudo, a pesar del pequeño salón bien a propósito para la música de cámara, debido